



El día en que me reconcilié con París

Por Alain Mizrahi

Crucé la línea de llegada con la bandera de Uruguay en alto, caminé diez pasos más por la Avenue Foch mirando el Arc de Triomphe y me puse a llorar. Acababa de reconciliarme con París.

Empecé a soñar con este Maratón el año pasado, más precisamente el 14 de julio. Esa noche me vino un ataque de nostalgia increíble del país en el que hice toda mi carrera universitaria, escuchando a la Filarmónica de Montevideo tocar La Marseillaise en el Radisson, y viendo cómo toda la sala se levantaba en el acto y se ponía a cantar el himno sanguinario que compuso Rouget de L'Isle. Viví solo un año en París, el primero, allá por el año 82. Yo tenía apenas 17 años y había elegido emigrar de un país sin libertad hacia uno que idealizaba completamente y que percibía como la Tierra Prometida. Durante ese año pasé gradualmente de la euforia al desencanto, a la decepción y al desamor. París no era únicamente la cuna de la Ilustración, de Victor Hugo y del ideal republicano. También era una ciudad llena de contradicciones, de violencia, de racismo, de miserias y de desigualdades. Se me había caído un mito, y en un acto de rebeldía adolescente, decidí odiarla.

En los años siguientes, y aun luego de volver al Uruguay, pasé muchas veces más por París, pero nunca con una mirada positiva, ni siquiera neutra. No podía verla con los ojos de un turista, es más, me negaba a hacerlo. Pero curiosamente el año pasado comencé a volver sobre ese sentimiento, y ese 14 de julio en el Radisson me di cuenta de que probablemente me había perdido algo, y que tenía ganas de averiguar si podía llegar a apreciar una ciudad ante la que nadie queda indiferente. Y en un asado en honor de un ex compañero de liceo que vivía en París y estaba de vacaciones en Montevideo, acordamos con él encontrarnos en esta Maratón. La semana siguiente ya me había inscripto por Internet y así comenzó esta odisea.

En todos los meses que pasaron desde que me inscribí, estudié el recorrido una y otra vez mirando el mapa, y recordando las calles por las que iba a volver a pasar, esta vez corriendo en el medio de la calzada. Al comienzo eran solo nombres de calles, y a medida que pasaban las semanas y mi entusiasmo iba creciendo, me empecé a dar cuenta de que eran sobre todo sitios históricos y un patrimonio de la Humanidad: la Bastille, el Château de Vincennes, el Louvre, la Rue de Rivoli, la Place de la Concorde. ¿¿Cómo no me había percatado jamás de eso?? Entendí entonces que lo que estaba buscando era reconciliarme con París, veinte años después.

Pido perdón por esta larga introducción, pero sentía la necesidad de compartir con ustedes lo que significaba para mí esta Maratón, además de un reto deportivo como es obvio.

Jueves 1 de abril. Como siempre me ocurre, no había logrado terminar todo lo que debía dejar terminado en mi trabajo, por lo que fui a la oficina a las 8 de la mañana. A la una de la tarde, y con un acelere poco propicio para un viaje tan largo logré zafar, salir corriendo para mi casa, engullir un almuerzo, terminar de empacar y salir para el aeropuerto con Silvia. Allí nos encontramos con Didier & flia. Vuelo repleto, sigo sin lograr bajar las revoluciones. Escala y cambio de avión en São Paulo, vuelo nuevamente repleto, último asiento al fondo, 20 cm. para reclinar el asiento, 20 cm. para ubicar las piernas, 20 cm. de ancho de asiento, parecería que los nuevos modelos de Boeing tienen chiches espectaculares para mirar películas y escuchar música, pero se parecen a uno de esos frascos que venden algunos supermercados en los que se amontonan 150 anchoas sin que se pueda entender cómo hicieron para meterlas todas. La comida era digna del Bar El Resorte: fideos de tipo tirabuzones con una salsa pomarola que debía salir de una lata



Arisco. Intenté consolarme pensando que por lo menos eran carbohidratos y que me venían bien. Me tomé una pichicata para dormir.

Viernes 2 de abril. Dormí bastante bien gracias a la química. El desayuno fue aun peor que la cena. Aterrizaje en París. Temperatura próxima a lo invernal: 10 grados. Caramba, ya me empiezo a preocupar por la ropa que tendré que ponerme el domingo. Nunca corrí una maratón con frío, más bien todo lo contrario. Corrí una con una lluvia torrencial – Montevideo 2001, ¿se acuerdan? – y abandoné en el Km. 30 totalmente desmotivado. Pero esto es bastante diferente. ¿Cuál es la estrategia adecuada para la vestimenta? Recordé los consejos que me dio el amigo Perera en la San Fernando cuando le dije que iba a correr en París: ponete varias camisetas viejas una encima de la otra para tirarlas en el camino, y una bolsa de residuos por encima para el viento y la lluvia.

Nos vino a buscar una vieja amiga parisina con quien hice buena parte de mi carrera. Tiramos los bártulos en su casa y nos fuimos a caminar por los barrios más antiguos de París. Más de dos horas de caminata, algo totalmente inadecuado menos de 48 horas antes de una maratón, al igual que un viaje intercontinental de 18 horas más 5 de diferencia horaria y una cena opípara con amigos, buen vino y excelente champagne. Nos fuimos a dormir a las cuatro de la mañana.

Sábado 3 de abril. Rumbeamos para la Expo del Maratón, a buscar el número con el chip. Para los que nunca lo vieron, ese chip electrónico está dentro de un arito de plástico y se ata a una de las zapatillas. Contiene el nombre del corredor, su número y su categoría, y permite registrar su tiempo al pisar una alfombra que se encuentra debajo del arco de largada (para evitar que el amontonamiento inicial incida en el tiempo real de los corredores), en varios puestos de control a lo largo del circuito, y por supuesto a la llegada. Permite también trasladar los resultados a un website prácticamente en tiempo real, e incluso hacer avisar a hasta dos teléfonos celulares que el corredor pasó por el Km. 20 y el Km. 30. Algo increíble.

La expo era en un inmenso local de esos que se usan para las ferias internacionales, en el límite de París, rumbo a Versailles. Estacionamiento repleto, cola impresionante para subir por la escalera mecánica, los corredores de un lado y los acompañantes de otro. ¿Tiene su confirmación de la inscripción? No, me inscribí por Internet. Vaya por allá al fondo a un mostrador que dice "litigios" y después vuelva por acá a buscar su número. Camino, no sé, 300 metros hasta el mostrador en cuestión. Rápidamente un empleado me encuentra en su computadora y me entrega un papel para retirar mi kit. Vuelvo al punto de partida, a un mostrador que debía tener, yo qué sé, 20 metros de largo, con carteles "del 00001 al 10.000", "del 10001 al 20000", y así sucesivamente. Todo muy eficiente y rápido. Me entregan un sobre con el número y el chip, luego en otro mostrador me entregan una bolsa con una camiseta, un instructivo del maratón, un mapa, una revista de corredores y otros artículos propagandísticos. Finalmente una tercera persona me entrega un "poncho" hecho de una bolsa de nylon grueso con agujeros para la cabeza y los brazos. Como lo miré sorprendido, el individuo me dice algo así como "cuando esté en la línea de largada con 4 o 5 grados y esté lloviendo me lo va a agradecer". Ah, dije.

Ya munido de mis pertrechos de guerra, me dispuse a recorrer la expo con la Patrona. Stands de Nike, Reebok, New Balance, Asics, Mizuno, Adidas, Power Bar, yo qué sé, lo que se te ocurra. Ropa interior para corredores(as), suplementos alimenticios, productos de todo tipo para los pies, y todo eso en medio de un mundo de gente que parecía la Rural del Prado el domingo de clausura. 34.500 inscriptos, imagínate... No resistí a la tentación consumista y me compré un short. Luego decidí que ya me había portado suficientemente mal pasando tanto tiempo parado el día antes de un maratón – sumado a todo lo que ya expuse anteriormente y que no se debe hacer – y volvimos al apartamento que nos habían prestado. Sábado de noche, todo cerrado en el barrio, y sin nada para cenar. Realmente estaba haciendo todo lo posible para que me fuera mal. Terminamos consiguiendo en un almacén de especialidades de Alsacia los



fideos más caros que jamás compré y compraré en mi vida. Con manteca y queso rallado, esa fue nuestra "pasta party".

Por supuesto que no pude dormir casi nada, entre la excitación, la ansiedad, las cinco horas de diferencia, y el negarme a tomar un cuarto de Flunitrazepam por miedo a no estar en plena posesión de todos mis sentidos.

Domingo 4 de abril. Día D. Había puesto dos despertadores por las dudas. Hacía mucho frío, muuuuucho frío. Desayuno clásico previo a carreras: dos tostadas haciendo sándwich con jamón y queso, cereales con leche fría y café. Herejía, dirán varios. Pues he llegado a la conclusión de que todo eso es cuestión de mañas de cada uno. Y como dice Hal Higdon, si funciona para vos es lo único que importa. Sea la Maratón de París, la Media de Progreso o la 10K del Club Wanderers de Pando, ese es mi desayuno.

La ropa plantea un problema, por el frío y la posibilidad de lluvia. Opto por una camiseta de Porto Alegre 2003, por encima la musculosa con el número, y por encima la camiseta de Porto Alegre 2002. Pensaba tirar por el camino las dos camisetas y guardar solo la musculosa cuando entrara en calor. Me abrigué con un jogging – pantalón y buzo – y una campera de invierno. Metí en una riñonera tres geles Squeezy, vaselina, papel higiénico por si las moscas, una curita especial para ampollas y un papel de 10 euros. No hay que tentar al diablo, más vale prevenir...

El metro tenía un aspecto totalmente inusual para un domingo a las siete y media de la mañana: absolutamente repleto, no cabía un alfiler. Al llegar a la estación Charles de Gaulle – Etoile, donde era la largada, el conductor dijo por los altoparlantes "Bonne chance aux marathoniens" levantando un inmenso aplauso y gritos de alegría. Al salir a la plaza del Arco de Triunfo, el espectáculo era increíble: del lado de la Av. des Champs Elysées, manadas de gente amontonándose ya detrás de los "pacers" en los sectores delimitados para cada tiempo "objetivo": 3 horas, 3 horas 15, 3 horas 30 y así sucesivamente. Para cada tiempo objetivo había cuatro pacers que corrían con globos de diferentes colores atados al cuerpo: violetas para 3:45, verdes para 3:30, etc. Del lado de la Av. Foch, donde estaba la llegada, se encontraban las carpas para dejar la ropa: un puesto por cada mil números, imaginen como 100 metros de ropería. Gente meando por todas partes, estirando, calentando, pasándose todo tipo de bálsamos y cremas extrañas. Se oyen hablar todos los idiomas: inglés, danés, holandés, español, portugués, esloveno, alemán, polaco, ruso, lo que te puedas imaginar, y lo que no puedas también. Corredores disfrazados de cualquier cosa, conejos, payasos, bailarinas de cabaret, gorros con cuernos, camisetas de todas las carreras del mundo entero, pancartas llevadas entre dos, entre tres, entre cinco personas, travestis, gente de todas las edades, todos los colores, todos los aspectos, no podía salir de mi asombro. Me di cuenta que eso era algo imposible de imaginar. 35000 personas es medio Estadio Centenario, pero aun con el Centenario lleno sería imposible ver tal diversidad detrás de un objetivo común a todos.

Depositó mi jogging y mi campera en la ropería y me quedé con mis tres camisetas superpuestas y de short, con el "poncho" de nylon por encima y tiritando de frío. Dejé a Silvia a un costado de los Champs Elysées y me fui a ubicar en mi sector, el de los globos violetas correspondiente a 3 horas 45, el objetivo que me había fijado desde hacía meses y para el cual había entrenado. Los parlantes gritan cosas imposibles de entender, tal es el ruido que sube desde la muchedumbre apiñada. De repente se oye la cuenta regresiva retroceder desde las primeras líneas hacia el fondo: Diiiiiiiix, Neuuuuuf, Huiiiiiit, Seeeeeept... Zérooooo!!! Pasan aun tres minutos más antes de que se empiece a mover levemente la multitud delante de mí. Empiezan a volar prendas de todo tipo hacia los costados: camisetas, buzos, guantes, gorros, y por supuesto los "ponchos" de nylon. A medida que podía avanzar hacia la línea de largada tenía que esquivar cada vez más cosas tiradas: además de la ropa, botellas de plástico, cáscaras de banana, bolsas, no quiero ni imaginar cómo puede haber quedado esa avenida luego del pasaje del último corredor.



Logré pasar por debajo del arco seis minutos después de la largada. El ruido de cientos de chips pisando la alfombra por segundo era ensordecedor: piiiip, piiiip, piiiip. Recién ahí pude empezar a trotar a un ritmo más o menos regular. ¡No se puede creer que pueda haber tantas personas tan chifladas como yo que estén aquí al mismo tiempo!

Tranquilo Alain, que hay muchísimo tiempo. Dale suave hasta que dejes de sentir esa molestia en ese músculo al costado externo de la tibia contra el pie. Carajo, no debí correr en Coraceros el domingo pasado. No es nada, ya se me va a pasar. Tres primeros Km. a 5:45 de promedio, no se me pasa un pomo de nada el dolor, no importa, vamoarriba igual. Empiezo a apurar el paso. No lo puedo creer, estoy corriendo por los Champs Elysées, por la Place de la Concorde donde le cortaron la cabeza al último monarca absoluto de Francia y donde hoy se encuentra un obelisco traído de Egipto por Napoleón, por la rue de Rivoli al costado del Louvre, por la Place des Pyramides donde está la estatua de Jeanne d'Arc. Primer puesto de hidratación a los 5 Km., la multitud sigue tan compacta como al principio. Hordas de corredores se tiran hacia las mesas encima de las botellas de agua Evian, de las pilas de bananas y naranjas cortadas en cuartos, de las montañas de pasas de uva. Hay que cazar lo que uno quiere y rápidamente saltar de nuevo hacia el medio de la calzada para no ser atropellado. Las mesas son kilométricas y a ambos lados de la calle, pero no alcanzan para evitar el embotellamiento. Vuelan las botellas más o menos vacías por los aires, las cáscaras de banana y naranja, sigue volando ropa. Por momentos se hace algo difícil mantener un ritmo parejo por la cantidad de gente, sobre todo cuando la calle se angosta y se vuelve un embudo.

Km 7, más o menos. No aguanto las ganas de hacer pichí. No hay caso, nunca lograré regular la ingesta de agua previa a la carrera. Y pese a lo que dice el Doc. Pereyra, no tomo diuréticos. Avenida ancha, cantero central, pared de ladrillos... no soy el único, atrás mío llegan otros dos a aliviar sus vejigas.

Seguimos recorriendo calles históricas: Rue Sant-Antoine, Rue du Faubourg Saint Antoine, y llegamos a la Place de la Bastille, allí mismo donde explotó la insurrección popular que dio inicio a la Revolución en 1789. Hoy no queda nada de esa antigua cárcel, sólo una hermosa plaza con un monumento, y al costado está la nueva Ópera diseñada por nuestro compatriota Carlos Ott. Place de la Nation, allí me esperaba Silvia agitando la bandera de Uruguay y filmando la carrera. Gritos de aliento, le tiro mi primera camiseta, sólo me quedan dos pero creo que no va a dar para que me saque una más, sigue haciendo frío. Me siento muy pero muy bien, por más que me preocupa que no se me vaya el dolor de la pierna. Espero que no empeore.

Salimos de Paris por el Bois de Vincennes, inmenso bosque alrededor del castillo de mismo nombre, y donde se encuentra además el principal zoológico de la ciudad. La muchedumbre no parece aflojar ni un poquito, sigue siendo tan compacta como al principio. 10 primeros kilómetros en 56:26, casi 3 minutos por encima del tiempo que me había propuesto. Decido apurar un poco el paso y comerme el primer gel, mezclándolo con agua para que sea menos repugnante. ¡Puaj! Realmente son un asco. ¿Servirán de verdad? Recorremos varios kilómetros por el bosque. Me doy cuenta que el recorrido no solo está marcado en Km. sino también en millas, y me sorprende agradablemente de los franceses. No sé si los gringos marcan los recorridos en kilómetros, creo que no.

Aparece por ahí una bandera mexicana a un costado, le grito ¡¡Viva México cabrones!! y me contestan con gritos de aliento. Alcanzo una camiseta que dice Guatemala y me pongo a charlar con su dueño, un veterano maratonista de ese país. El embotellamiento en los puestos de hidratación sigue siendo el mismo, cada 5 km. Y cada vez que se oculta el sol luego de alguna de sus breves y tímidas apariciones entre las nubes, la sensación térmica vuelve a ser invernal. Paso el Km. 20 y hago mis cálculos: bajé 4 minutos mi tiempo de los primeros 10, y mi promedio por Km. pasó de 5:39 a 5:26. Tengo que seguir bajando para llegar al final de la carrera a 5:20 de promedio.



Volvemos a entrar en Paris por la Porte de Charenton, donde me esperaba de nuevo Silvia más o menos en el Km. 21, y luego de un ratito empezamos a bordear el Sena, bien contra el río y pasando por debajo de los puentes más famosos y antiguos de la ciudad. La gente se amontona arriba de los puentes, a los costados, en todos lados hay gente alentando a sus familiares y amigos, con gritos, con pancartas tenidas por niños que dicen "Fuerza Mamá"... y bandas musicales por todos lados, cada dos Km. como mucho: fanfarrias de trompetas, trombones, tubas, bombos y platillos tocando música de circo, bandas de Dixieland, de música Country, de Reggae, conjuntos de percusiones africanas, rockeros gritones, New Orleans, por ahí se oye La Bamba, viejas canciones tradicionales parisinas...

*C'est une fleur de Paris
Du vieux Paris qui sourit
Et c'est la fleur du retour
Du retour des beaux jours, porompom pom pom*

Imposible aburrirse o pensar en el cansancio, los kilómetros desfilan y siempre hay algo nuevo para entretenerse. Pasamos al costado de la catedral Notre Dame, del Châtelet, de la Conciergerie – la antigua cárcel donde ahora está el Palacio de Justicia, siempre bordeando el Sena. Y entramos a un túnel larguísimo, me pregunto si no es aquél en el que se mató Lady Di. Mide más de un kilómetro de largo. Y la gente se pone a cantar a coro adentro del túnel, canciones del tipo de las que se cantan en el Estadio. Imaginen que uno grita algo así como "quetchi quetchi quetchi" y todos contestan a coro "Ayayay", cinco, diez veces. Y eso retumba junto con el chac chac chac de los champions sobre el pavimento. Alucinante. La salida del túnel en subida me hace empezar a sentir el paso de los kilómetros. Estamos en el 30, mantuve mi promedio general en 5:26 por Km. pero hice estos últimos 10 un poco más lentos que los anteriores. Empiezo a pensar que fui demasiado optimista al apostar a 3 horas 45. No me animo a apurar más el paso, la pierna me duele cada vez un poco más y tengo miedo de macanearla del todo y joderme el resto de mis vacaciones.

Entramos a Passy, uno de los barrios más chic de Paris, al costado del Trocadero y frente a la Tour Eiffel que nos mira desde el otro lado del río. Enorme stand de Power Gel, todos tratan de garronear varios, tiran los sachets vacíos al piso, que se vuelve desagradablemente pegajoso por varios cientos de metros. Llegamos al Km. 31, tercer grito de aliento de Silvia que se recorrió todo Paris en metro para un lado y para el otro para seguirme. Sigo sintiéndome bastante bien, parece que la "pared" va a venir con retraso.... O no va a llegar, quién sabe. ¡iluso yo!

Salimos de nuevo de Paris pero esta vez del lado oeste, para meternos en el Bois de Boulogne, el otro inmenso bosque de las afueras. Pasamos por el famoso hipódromo de Auteuil, y por el estadio Parc des Princes del Paris Saint Germain. Por primera vez el recorrido se hace aburrido, por entre los bosques. ¿O será que me pesan cada vez más las piernas? Logro mantener mi promedio general en 5:27 por Km. hasta el Km. 35, y ahí me empiezo a pinchar. La pared, the wall, le mur, sumado a las 18 horas de viaje, las 5 horas de diferencia, la noche de joda del viernes y las desprolijidades del sábado, el dolor al costado de la tibia que va en aumento... pero logro no desmotivarme del todo y mantener cierta regularidad por más que empiezo a bajar lentamente mi ritmo. Los Km. 35 a 39 pasan a un promedio de 6:03, y el 40 a un desastroso 6:54. Pero ya está, sé que termino entero, y eso me da un último resto de fuerzas.

Km. 41 y 42 a 5:53, volvemos a entrar en Paris por la Av. Foch, allá arriba se ve el Arc de Triomphe y la llegada. El aliento del público a los costados es impresionante. Y ahí está Silvia de nuevo, me alcanza la bandera de Uruguay, meto lo que me queda de fuerzas en la subida de la Av. Foch con la bandera estirada sobre mi cabeza, ahí están los fotógrafos, trato de sonreír, paso el arco de llegada, piiiip suena el chip, paro



el cronómetro. Camino unos pasos más. ¿Cómo? ¿Ya está? ¿Ya terminó? Miro a mi alrededor. ¡¡No lo puedo creer!! ¡¡Acabo de terminar el Maratón de París!! No logré el tiempo que quería pero bajé tres minutos y medio mi mejor tiempo anterior, el de Buenos Aires 2003. Me pongo a llorar de la emoción. ¡¡Y me reconcilié con París!! Me alcanzan un espléndido poncho de plástico azul. Me doy cuenta que sigue haciendo un frío bárbaro. Silvia me alcanza antes de que llegue al amontonamiento de gente, por suerte ya que los puntos de encuentro que iba a haber supuestamente, con carteles según las iniciales de cada corredor, no fueron instalados. Mi alegría es impresionante. ¡¡Uruguay nomás!! Me entregan la medalla, qué emoción, dice Marathon de Paris 2004. Me siento como un pendejo que se ganó un oso de peluche en una kermesse. Me cuelgo la medalla orgullosamente como si hubiera ganado en las Olimpiadas. Y veo que todos se sienten igual que yo. Somos 35000 campeones olímpicos, sólo se ven caras radiantes y emocionadas. Eso es lo que tienen de impresionante estos eventos. Cada uno se fija su propia meta y corre contra sí mismo y puede sentirse orgulloso de haberla logrado, por más que haya llegado en el triple del tiempo de los etíopes o los keniatas.

Por tres euros me hago grabar mi nombre y mi tiempo en la medalla. Recupero mi ropa en la carpa de la ropería, sale el sol sobre París como premio para todos. Decenas de miles de personas por todos lados, parece un hormiguero. Decenas de carritos de comida y bebida instalados en la calle, varias ambulancias que se llevan a los "caídos por el culto a Feidípides", empiezo a bajar las revoluciones. Silvia me ayuda a arrastrarme hasta la estación de subte para volver al apartamento. Misión cumplida.

En la tarde me llamó Didier, hizo un tiempo espectacular al igual que los Correcaminos. Felicitaciones a todos, no logré alcanzar a ninguno durante la carrera.

Quisiera agradecer muy especialmente a todos los que me alentaron desde la pizarra de RedCorredores y por mail. Sus mensajes me emocionaron mucho y realmente me sentí acompañado por todos durante toda la carrera. Gracias también al Servicio de Prensa del Gusanos RRC que se tomó el trabajo de buscar mi tiempo en Internet y difundirlo en el cyberspacio uruguayo. ¡¡Grande Carlitos!! ¡¡Y éxitos para el Doc. Pereyra que corre este domingo en Boston!!

¿¿Cuándo es la próxima??
Maratón o Muerte.
Venceremos.